

¿Quién escribe?*

Sergio Espinosa Proa
Universidad Autónoma de Zacatecas

Pero, primero, ¿quién pregunta esto, y para qué? Escritores habría acaso demasiados, y sus tipos y especies se muestran casi inagotables. No se ve, para empezar, a quién dirigir la pregunta. Demasiados escribas, pero además la pregunta suena más ociosa que capciosa; saber quién escribe no presenta de entrada ningún problema, ni técnico ni “de fondo”. ¿Cuál misterio? Escribe, eso es obvio, el escritor. Bueno, reconozcamos que escribir es un acto que en la actualidad nadie podría no hacer. No escribir es sinónimo de incultura, inequívoco signo de ignorancia. Todo mundo escribe, incluso los pueblos “ágrafos” —¿quién ha visto uno?— se definen por oposición a la escritura. Quién escapa a su mano.

Algunos individuos viven sólo de eso, de escribir. Muy pocos en este mundo no escriben, pero admítase también que todavía más pocos escribían, no les doy estas para que ustedes, al final de la charla, si les place, me devuelvan otras. Aquí estoy demostrándome en una pregunta que ni siquiera ha sido debida y formalmente planteada, y también ustedes, por el solo hecho de escuchar y de todavía mantenerse más o menos atentos, se sentirán en cierto modo coaccionados a preguntar. No lo harán, si son tan amables. Pero saben que preguntar es también una forma de mostrar amabilidad y cortesía. Entonces quizás lo harán. No importa, las palabras que vienen y van no se refieren a otra cosa, sólo dan vueltas sobre su propio eje. Generan un campo magnético y un cono de sombra. Ellas designan y delimitan su propia realidad. Por el solo hecho de ser proferidas, escritas, son ajenas, es desde su peculiar extranjería que remiten al sujeto que las profiere y en ellas —en su vacío y en su retirada— ese sujeto se sostiene. Y también se precipita.

Quien escribe desaparece en lo escrito. Está absorto en la escritura, succionado por esa sucesión de marcas extendidas para que otro las tome, las reconozca, las rechace, las olvide, las fusile. El que escribe ya está —y no es algo de por sí inmoral— en un batallón de fusilamiento. Pero el fusilado no es el otro, no es el texto, sino uno mismo, yo mismo, ese (yo) que toda escritura debe poner entre paréntesis o entre comillas o entre guiones: en cuarentena. Reducido al silencio. *De nobis ipsis silemus*, pedía Kant. Un imperativo ético, ciertamente, aunque el que escribe no podría elegir. No se para un momento antes de escribir y (se) dice: no hablaré en primera persona, no diré nada que revele lo que —en el fondo— soy. O sí lo haré, estoy en posición de confesar(me). No, el que escribe, al hacerlo, está en suspenso, *en cursivas*, en estado de suspensión. Incluso allí donde cree confesar su ser más íntimo. No, si escribe es escritura lo que confiesa, es la escritura *quien* confiesa. Nadie más.

Quien escribe está fuera de sí; sí, afuera.

(Yo) hace espacio para que esta (la) escritura *tenga lugar*. Mi autoridad se confunde con la de las infinitas —casi siempre implícitas— referencias que hacen a un texto un objeto precisamente *legible*. (Yo) hace espacio, *se quita de en medio*. Pero al quitarse, interrumpe un flujo, obtura un deseo. (Yo) aparece y desaparece como transgresión, como desviación, en ocasiones también como catapulta. Es en su opacidad donde cifra su originalidad. Se sabe simulacro de fuente, suplantación de un origen

* Conferencia leída el día 17 de octubre de 2001, en el Auditorio del Museo de Arte Abstracto “Manuel Felguérez”, de Zacatecas, dentro de las actividades de la *2ª Feria del Libro y la Lectura Zacatecas 2001*. Nuevamente agradezco a Juan Antonio Caldera su amabilidad por esta invitación.

que siempre da o puede dar un paso atrás. (Yo) es un borde, un desfiladero, no un muro o una plataforma. La quilla del barco, el mascarón de proa. ¿Él manda? ¿Es él quien hiende y hace espumear las aguas del discurso? ¿Qué haría él sin el viento, sin las mareas, sin ese azul violento y sin fondo que delinea un horizonte y —en el punto de quiebre— parecería pedir un vértice? ¿Es él dueño o albacea de las palabras que el día arroja una a una en su frente? ¿Dónde ha ido a parar la noche en la que nada puede ser idéntico a sí mismo?

Comprobemos que este hacer espacio escasamente depende de una operación de la conciencia. Si se está despierto, la conciencia sólo designa una parte, la parte *mental* de ese estar despierto. Pero es el cuerpo quien ha de sacar el cuerpo para hacer el espacio de la escritura, en el que ella se despieza y se despereza. En otras palabras, el cuerpo despierto se ofrece cada día a la inscripción y a la tachadura. Nietzsche murmuraba que no podía pensar si tenía las nalgas aplastadas; la escritura *le pasaba* por todo el cuerpo, le ensanchaba las fosas nasales, le secaba la garganta, le irritaba los ojos, le ponía los pelos de punta. La escritura *hace sudar* al cuerpo en que —momentáneamente, siempre en lo que dura un parpadeo— se instala y recluye. Por eso, quien escribe no hace una obra sino que deja parte de su pellejo y de sus mucosas en el texto. Esa escritura no está acicalada y no se ha puesto un traje decente y limpio para hacer su entrada en sociedad.

Quien escribe sabe que no podría dejar una sola palabra en prenda si sólo de vestir se tratara.

La escritura desnuda. Aquí hay que tomar el sustantivo en su carácter verbal. Quien escribe no cubre su cuerpo de signos: lo devuelve a su extrañío anonimato, a su espacio virgen. Pero ese espacio no es, por principio, el de la soledad. Mil voces y mil manos se tienden hacia él. Quien escribe tiene ante sí al infierno mismo, y no encuentra más guía que una palabra o una pregunta que, lo hemos concedido, nunca han sido tuyas. Escribe para quedar al descubierto, para hacer del dentro un afuera, para hacer de la entraña una imagen y un signo. El cuerpo queda amagado por ese signo, expuesto a su turbia luminiscencia. Pero *sólo entonces* aparece en cuanto cuerpo. Superficie inscrita y descrita de un extremo al otro. Escribir es siempre re-escribir, pasar la plancha por el pliegue para que en su estiramiento resplandezca no como signo, sino como *superficie* de toda significación. La cara de afuera del signo, su *falta* de significación. Tal es la profundidad de la superficie, que los griegos no tuvieron empacho alguno en celebrar. El hundimiento de la piel dentro de sí misma le debe todo a la epifanía del signo. Si en el principio fue el verbo, sólo lo ha sido porque *antes* ha habido un libro, porque el libro ha quedado íntegramente sobre-puesto al cuerpo. El alma encuentra subsistencia y alimento, encuentra su *guardida* en el libro. Se entiende ya: es el hebreo quien inventa las entrañas, quien al sacrificarlas las *hace hablar*. El arúspice romano podrá en adelante leer el futuro en las vísceras de criaturas variadas, de preferencia vísceras de aves. Pero eso sólo es posible porque, previamente, es decir, *en el principio de todo*, Dios *ha inscrito su marca* en el cuerpo del hombre. Está inscrito: circunscrito: circunciso.

Dios escribe necesaria y libremente en el sitio perfecto.

Pero eso plantea, es fácil percibirlo, un problema grave. Que desde entonces el cuerpo —humano o inhumano— sea legible significa que ya no hay cuerpo que pensar. Por decirlo más claro: desde que Dios marca su marca en el hombre, el cuerpo sólo sabe —y sólo puede— callar. Ha dejado de pensar por sí mismo. Lo único que este cuerpo quiere de verdad es esconderse de esa marca y de esa significación que amenaza con evaporarle y reciclarle hasta dejarlo con la inerme flacura de un espectro. El cuerpo se consume en su carácter significante. Lo cual significa: este cuerpo que ves, que tocas, que hueles, que llevas de un lugar a otro, que escuchas dormir a tu lado, *es tuyo*. Se ha transformado en objeto de un (yo). La escritura sagrada ha hecho del cuerpo una propiedad. La escritura sagrada ha *escriturado* el cuerpo a su legi-

timo propietario. Yo. Pero “yo”, observémoslo, es cualquier cosa menos una cosa de a de veras. “Yo” — eso *todos*, sin excepción, lo somos. Esa palabra sí que es intercambiable y transferible. (Yo) no es una sustancia, y tampoco un accidente de la sustancia, sino el lugar vacío en el que cada quien *hipoteca* un cuerpo, “su” cuerpo.

Lo que Dios inscribe en los cuerpos es esa figura vacía que sólo sirve para decir: yo. Aquí (mando) Yo. Cada cuerpo es solamente eso: el *soporte material* —y por tanto, perecedero, prescindible, utilizable: servil— de una idea que no podría pertenecer al tiempo de los cuerpos desnudos. En la idea no hay tiempo que perder. No hay tiempo para estas vísceras y estas superficies que se despliegan y se pliegan y se repliegan.

Nunca hay tiempo para que el cuerpo sepa *lo que puede*.

.....

Nueva interrupción. Parece evidente que cualquier proposición que haya sido pronunciada aquí sería susceptible de extensión o repetición indefinida. Podría ser recusada, objetada, ampliada, desestimada; incluso podría ser suprimida. He estado tratando de no hacerlo, pero nada me podría poner al abrigo de un cuestionamiento interno o externo. Si al final hay tiempo (o ganas) para que ustedes pregunten o comenten, se abrirá la herida y sangrará hasta que ustedes o yo simplemente quedemos exhaustos o enfadados. Es una ley de la vida que los acuerdos ocurren, si ocurren, normalmente, *por fatiga*.

¿En donde se para —y mediante qué artes— la máquina hermenéutica, la máquina de escritura, la máquina de lectura? ¿Qué podría significar *detener(se)*?

La cuestión que últimamente se ha traído a esta escena no es otra que la Trascendencia. Preguntar por el *quién* de la escritura remite por un lado a un Supuesto Autor de Todas las Cosas. La Trascendencia *en persona*. Es lo que acabamos de decir. Lo acabo de leer (yo), pero por un pequeño truco de la escritura ese (yo) entre paréntesis se ha saltado el paréntesis para decir: nosotros. ¿Quién escribe? Ahora no soy yo: somos nosotros, la comunidad de hablantes y escribientes y leyentes. Actuales o potenciales. Con la aparición de un Espacio Trascendente —que no podríamos evitar poner en mayúsculas— hemos dado un brinco del (famélico) yo al (siempre bien educado) nosotros.

Si Dios inscribe-circuncida a los cuerpos innumerables con el —siempre idéntico— “yo”, ¿qué ocurre cuando se pasa al —siempre supuesto— “nosotros”? El Padre marca al hijo, y éste, marcado, retorna al redil. Un círculo sacro: la inscripción de los cuerpos en el yo y su salto al nosotros es lo mismo que la interminable tachadura de los cuerpos. Su irreductibilidad, su insignificatividad, su ilegibilidad, son negadas, con o sin encono, en esta espiritual danza de los signos.

Todo, desde entonces, y hasta el fin de los tiempos, *está escrito*.

.....

¿Todo? El problema es que los cuerpos, tatuados por y adscritos a un orden trascendente, continúan muriendo. Ensartados en los filamentos de Dios, insisten en morir. Esta insistencia, lógico, tiene que ver con su vida. Es cosa del cuerpo, asunto de los sentidos, el saldo de toda singularidad. La vida, ocurrencia, inquietud, azar soberano, sucesión, sincronía, espaciamento, interrogación, extravío, irrecuperabilidad. La vida, eso irreparable y bello, hermoso acaso por lo irreparable. En medio de la vida, uno sólo se desvive. En su borde, un intensísimo, fugacísimo fulgor. Asegurando la propia vida en la de los demás, ¿alcanza uno a saborear la muerte, el marchitamiento, el abandono? La escritura (sagrada) prometía esa perpetuidad que hoy admiramos prác-

ticamente en la misma medida en que la aborrecemos. No es, nunca ha sido, una eternidad *deseada*.

A menos, a menos que, según se anunciaba, la escritura no remita a —ni se descuelgue del— Supremo Benefactor, del Máximo Actuario, del Fondo Que Todo Lo Endosa. ¿Es ello posible? Considerémoslo. El dislocamiento o disociamiento del yo abre o queda expuesto a dos extremos. Mejor: abre por una parte a un límite máximo y por otra a un mínimo que guarda respecto de ese yo un vínculo de absoluta asimetría. El límite máximo, se ve claro, es el Garante del Sentido. Dios, es decir: *NOSOTROS*. Eso que algunos pedantes, sean o no filósofos o sociólogos, llaman “intersubjetividad”. La comunidad que se transparenta y confiesa a sí misma, la anulación del fragmento, la conciencia sin secreto, el Sacro Imán. El yo está —en ese movimiento— vaciado e inmediatamente llenado. Quitemos el paréntesis: Yo responde entusiásticamente al Nosotros, que es un yo amplificado y como soldado.

Un yo seguro, es decir: un *tapón*.

Allí asoma *naturalmente* el Ojo Solar para asegurar, para acreditar, para justificar, para capitalizar el salto. Él es, en su integridad sin fallas —pues, tal como lo adivinaba Meister Eckart, “Dios se hace Dios cuando las criaturas *dicen* Dios”— el producto, el *efecto* de este vacío planificado y plenificado con la figura de una colectividad que recupera su voluntad Una en el grupo de fieles. Fidelidad a esa esfera perfecta que nos hace olvidar *la fisura que somos*. Todas las manos, todas las bocas, todos los corazones. Un atrio. Un éxtasis *positivo*.

He allí una fuente de la escritura, de la escritura —sin lugar a dudas, una vez más— *sagrada*. La errancia del yo está por fuerza controlada, está, si la cosa funciona bien, completamente eliminada. El cuerpo se halla inscrito de pies a cabeza. Es decir: proscrito. El cuerpo-signo ya, para todo lo esencial, no es un cuerpo. Pero es un signo que hasta cuando eructa amenaza con desintegrarse. Desmoronarse *por todo lo que ya desde luego significa*.

Quizás habría otro espacio, insiste en la escritura —como algo que no podría dejar de ser implícito o virtual— una región a la que ningún (yo) puede penetrar. No es un espacio propicio al yo, no es la región sacramental del (nosotros). Lugar de la palabra ausente, de la palabra soplada, del aliento que no es medio ni síntoma de supervivencia. Un absoluto antes o un *en lugar de* los arquetipos. Un *en vez de*. ¿El éxtasis negativo? ¿El suplicio que la materia en justa venganza inflige a su imagen? Allí, por lo pronto, no habría problemas que resolver. Allí no habría nada que descifrar, aunque mucho por “desenmarañar”. Allí no se dan, en orden, los sintagmas y los paradigmas. Allí ni siquiera habría enigmas que afrontar. El suelo del significado está allí removido hasta el magma, más allá del magma. No hay ni siquiera restos o cenizas de magma. No hay siquiera algo que depositar o conservar en la palabra Nada. Espacio desastroso. ¿Ese espacio, es? Pluralidad irreductible, diría Barthes. ¿Y la pluralidad *respecto de qué* sería irreductible? ¿Del (Yo), del (NOSOTROS), de Dios? ¿Del *Uno*? ¿Del “Ser”? ¿Qué designan finalmente estas marcas, estos signos? ¿Algo *fuera* de la escritura, algo así como el tribunal en donde iría toda palabra, todo texto y todo discurso a comparecer? ¿A rendir cuentas? ¿De qué?

Se comprende. La escritura —el signo— es culpable. Ha secuestrado al cuerpo, a los cuerpos, los ha puesto a su (santa) disposición. “Los signos y las armas son lo mismo”, escribía Roland Barthes con un dejo melancólico; “todo combate es semántico, todo sentido es guerrero; el significado es el nervio de la guerra, la guerra es la misma estructura del sentido”. Mas el afuera no por fuerza es un tribunal, el formato inapelable de la Ley. Lo otro no es por fuerza el Rostro que impone sin contemplaciones la piedad. ¿Lo sabe? ¿Quién? ¿La escritura? Si ella cristaliza o coagula en *Obras*, en *Libros*, en *Códigos*, en *Sermones*, si ella se imagina insignia y *kerigma*, ¿podría *entregarse*? Se antoja difícil.

Pero en este mismo camino hemos afirmado —y quizás mostrado— que todo signo mantiene una extremidad en el afuera, en la ausencia de signo, en lo ilegible radical, en lo inapropiable. Eso no se dice, ese Dios no surge *al decirlo*. No *está* en la palabra, *no es* una palabra, ni vibra en todas ellas juntas. No es *su aliento*. ¿Qué escritura podría *acogerlo*? ¿Qué escritura podría ofrecer hospitalidad a eso que se resiste a la inscripción y que sobrevive a la borradura? Pero, ¿no es *eso mismo* la escritura? El corte, la discontinuidad, el espaciamiento, el *lapsus*, la interrupción, el orificio, el *ello de donde emerge* todo sentido. Todo *aquí*, todo *mañana*.

¿Qué significa a fin de cuentas escribir, si no *respirar*?

.....

¿Quién lee? ¿Qué es lo que *en cada uno* reanuda la caída de la cosa en el abismo de su representación?

.....

Incluso yo tendría que responder ante ustedes —y ante mi desazón— a otra exigencia, la última, que consiste en terminar. Una demanda de redondez, de liquidez, una especie de clímax, algo finalmente fálico. Podrá disculparseme. Este escrito no tiene objeto, él mismo es su objeto. Pero es algo más o algo menos que un objeto: es un obsequio, algo que *se ha dado*. Seguimos sin responder. ¿Quién escribe? Escribe, obviamente, aquél que lee. Pero leer no es sólo descifrar signos y recordar o actualizar o desdibujar tatuajes. No escribe quien trae a la memoria lo que ha pasado, ni quien anticipa lo que viene; no lo hace quien se autoconcibe como manantial sin mancha. No escribe ese que sólo transcribe. Ni el inspirado ni el que simplemente clona las palabras. Ni el dialéctico ni el mecanógrafo. Escribe ese —eso— que *resbala* entre los signos. Eso que *no puede detenerse*. Escribe eso que *no conoce el fin*.

Escribe, usemos por fin una palabra bonita, y subrayémosla, escribe *el deseo*.

El deseo, es decir, *aquello que (se) escapa*. Que no puede ser apropiado, que nunca es “mío”, ni “tuyo”, que *no es* de ningún “nosotros” (y ahora sí que dicen algo todas estas feísimas comillas). Todos esos pronombres —bajo el sacro dosel del Divino Pronombre— se inflaman al contacto con lo inapropiable, he ahí otra palabra que resbala y que sin soñar alcanzarlo apuntaría a lo mismo. Escribe la fuerza, eso que el signo quisiera domar y cabalgar, y que al domar simplemente le abandona en el desierto, en el desierto de los signos. Escribe la suerte, pero no la buena o la mala.

Escribe, y callaré aquí, escribe el azar, allí o aquello donde nada ha sido todavía ni podrá nunca ser escrito.